

Guillermo Morón

## *Ciudades y Escritores de Vitoria Vera*

En Salamanca, donde el magnífico poeta y lúcido prosista Alfredo Pérez Alencart le sigue la historia a las luces y a las sombras de la ciudad y de las Universidades, estudió El Tostado. Recuerdo las conversaciones que, en los años cincuenta poco más o menos, sostuve en la biblioteca de Rafael Cansinos Assens (1883-1964), un erudito sin tregua, conocedor de idiomas antiguos y modernos, traductor para la Editorial Caro y Raggio y también para la de nuestro gigante Rufino Blanco Fombona (1874-1944), la famosa en aquellos largos años desde 1914 hasta más acá de 1936, cuando trabajó en Madrid, Editorial América. Don Rafael se refería a Don Rufino con la frase "era un Tostado". Sucede que también él lo fue. Se refería a la fama de Alonso de Madrigal Tostado de Rivera, un Teólogo nacido en Madrigal de las Altas Torres, quien vivió tal vez entre los años 1400 y 1455. Fue Rector del Colegio de San Bartolomé en la ciudad de Fray Luís de León (1527-1591), de Miguel de Unamuno (1864-1936), de Antonio Tovar y de Don Alfonso Ortega Carmona, perínclitos varones de la inteligencia y de la cultura si no resulta un pleonismo eso, inteligencia y cultura, ya que perínclito es un superlativo de rango aquí bien usado.

Parece ser que la fama de El Tostado se asentó no sólo en sus actuaciones que lo llevaron a formar parte del Concilio de Basilea en 1437-1444 y a ser Obispo de Ávila en 1449, sino por su extraordinaria capacidad para escribir con erudición y memoria que asom-

bra a los bibliógrafos y a los diccionarios, pues sus *Comentarios a la Sagrada Escritura* llenaron veintiún tomos. Su extensa bibliografía se recoge en el *Manual del Librero Hispanoamericano* de Antonio Palau y Dulcet (Madrid-Barcelona, 1954-1955, tomo octavo, págs. 58-61). Quien escribió también “mas que El Tostado” fue Don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), sin que se le quede atrás el Insigne Don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943) cuya edición de *Don Quijote de la Mancha*, en los diez tomos de 1950, tiene un “comento refundido y mejorado con mas de mil notas nuevas”. ¿Y don Enrique de Gandía en Argentina? “Escribe más que El Tostado” es, o era, una frase de elogio a los maestros de las letras, eruditos, sabios en humanidades que fueron y son en la larga tradición de la lengua española.

Pues toda esa parrafada se debe al asombro que me produce este escritor, nacido ayer en Caracas, esto es en 1950, no llega a los sesenta años y ya ha publicado mas de cien títulos que usted podrá contar al final de esta nueva obra, ilustrada, esto es, bien documentada y muy bien escrita.

Últimamente suele hablarse y escribirse sobre la cultura urbana, tal vez para contraponerla a una cultura rural. Es muy antigua esa yuxtaposición, desde *Los trabajos y los Días* hasta Virgilio, si quisiéramos pedantear un poco con los griegos y latinos, esos antecesores de la literatura que luego tomó cuerpo en la ya larga historia de la lengua española. ¿Existe una cultura rural distinta a una cultura urbana?

Aquí, en esta Provincia de la cultura en lengua española, llamada también castellana porque es la universal, primero fueron las ciudades, fundadas durante el siglo XVI, Coro de 1526 a Nirgua de 1628. Viven en la ciudad los fundadores y sus sucesores, son vecinos, la Iglesia y el Cabildo son las referencias, no las Encomiendas ni las haciendas, aunque se construya la casa de San Mateo y también Juan Francisco de León tenga vivienda cómoda en Panaquire. Las Gobernaciones y Capitanías Generales tienen sus capitales, sus ciudades principales: La Asunción, Cumaná, Barcelona, Santo Tomé, Barinas, Trujillo, Mérida, San Cristóbal, Maracaibo y también San José de Oruña porque Trinidad es jurisdicción venezolana hasta finales del gran siglo XVIII, autónomas o unidas entre 1776 y 1793 cuando ya Venezuela se amarra en Caracas; no son campesinos los Venezolanos, pertenecen a la jurisdicción del Cabildo y Ayuntamiento. Así, la cultura unificada por la Gramática, por el idioma común, es cultura urbana con las *Siete Partidas* y las *Leyes de Indias*, con la Escuela pública

que debe pagar el gobierno de cada ciudad, además de los Conventos franciscanos, dominicos, jesuitas, con los tres niveles, Primeras Letras (Primaria), Gramática (Secundaria), Filosofía (Universitaria), como lo hace José Félix Espinoza de los Montero en el pueblo (aldea y villa) que funda en 1780 en Arenales donde estudiaron los caroreños que en 1810 se hacen *patriotas* o *realistas*. Durante el siglo XVIII la cultura es urbana, como lo demuestra José de Oviedo y Baños en la página, citada y leída hoy con gusto y admiración: la Caracas con casas nobles, calles limpias, que no consienten lodos ni buhoneros ni zaperocos. José Luís Cisneros viaja de ciudad en ciudad, las pasea, las describe con admiración, la Venezuela urbana. Y cuando Alejandro de Humboldt recorra todo el ámbito de las “regiones equinociales”, Cumaná, Caracas, La Victoria, Calabozo, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, se detiene en la sorprendente cultura caraqueña y venezolana.

Rural se hace Venezuela en el pantanoso siglo XIX, durante la larga y exterminadora guerra de la Independencia, que no es una sino muchas desde 1810 hasta 1823. Y después, sin tregua, a partir de 1830 con lo que le cae encima a las exhaustas ciudades, salen corriendo los vecinos a esconderse en los montes porque las candelas de la Guerra Federal no sólo destruyen a Barinas y a San Carlos, sino todo lo que encuentra. La Venezuela rural es decimonónica hasta el 18 de octubre de 1945, cuando los campesinos, conuqueros y en alpargatas o todavía descalzos buscan de nuevo refugio, esta vez en las ciudades. La cultura rural está en las novelas, cuyo último campeón es Rómulo Gallegos y ciertos médicos sanitarios que derrotaron al paludismo, a las niguas y al chípo. Pero las ciudades ya no disponen de la disciplina de la Gramática. El analfabetismo rural se hizo urbano.

Claro está que el prestigio de la aldea viene de los clásicos de nuestra lengua. Por eso Fray Antonio de Guevara escribió su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*: “*Es privilegio de aldea que el hidalgo o hombre rico que en ella biviere sea el mejor de los buenos o uno de los mejores; lo qual no puede ser en la corte o en los grandes pueblos*” (Clásicos Castellanos, 29; Edición y notas de M. Martínez de Burgos, Espasa Calpe, S.A., Madrid 1942, pág. 69).

En la España moderna, la del siglo XX, escribieron sobre los pueblos, las aldeas, el campo, aquel liviano Azorín de *Río frío del Ávila* y posteriormente el vallsoletano Miguel Delibes desde *La sombra del ciprés*

es *alargada*. Uno y otro vivían en la ciudad, pertenecen a la Cultura urbana con nostalgia del paisaje rural y de la vida “contigo pan y cebolla”.

Estos ensayos de Enrique Viloria Vera pertenecen, estrechísimamente, a la cultura urbana. Si yo escribiera sobre Caracas lo haría como aquel peruano de los años cincuenta o sesenta, cuyo nombre no acude a mi memoria, aunque me tropecé con él alguna vez en los pasillos o alrededores de la Universidad de San Marcos, que se disputa la antigüedad con la de Santo Domingo, porque todo fue primero en esa isla, la ciudad, la Real Audiencia, la Universidad y la Gramática de Nebrija, “compañera del Imperio”. Pero sí recuerdo el título que le robaría para Caracas, la de estos malos años: Lima *la horrible*, Caracas *la horrible*, no fue seleccionada por este lúcido ensayista y, sin duda, crítico literario.

El Capítulo, *Salamanca y Alfredo Pérez Alencart*, lo traslada el autor del segundo de su libro *Pérez Alencart: la poética del asombro (Ensayo y Antología)*, publicado por la Editorial Verbum (Madrid 2006, 136 págs.). La mitad del libro es el ensayo completo sobre el poeta salmantino, de raíces peruanas; el Perú dejó de ser incaico hace mucho tiempo, aunque las culturas se mezclan, se transforman y dejan sus ecos. Pérez Alencart se enraizó de tal manera, tan profundamente, en Salamanca que se ha convertido en un sucesor de Fray Luis de León y tal vez, igualmente, de Miguel de Unamuno. La lengua castellana es la herencia común en uno y otro espacio histórico y cultural.

Enrique Viloria Vera demuestra en este libro, abierto a la curiosidad de la inteligencia, que es un consumado hombre de letras, un inteligente lector, un crítico literario. Pero no a la manera del profesor que enseña el género y analiza las cualidades de la obra seleccionada, sino el investigador que busca una particular faceta en el autor y en el libro específico: La visión que Jorge Amado expone sobre Bahía en su novela *Jubiabá*, el especial París del complejo Julio Cortázar, la ensoñada Habana -hace largo rato desaparecida, convertida en un laberinto de miseria- de Guillermo Cabrera Infante

Con excepción de Alejandría y las de Italo Calvino (están en los libros de historia o en la imaginación) conozco todas las demás ciudades que este nuestro escritor visita en compañía de guías expertos. Pero a los guías, con las normales excepciones, ya no los recuerdo a todos. Esos nombres que han estado cerca, en la juventud Thomas Mann, aquí, en las tertulias de la Asociación de Escritores, en el Instituto

Pedagógico, en los bares de la vieja Sabana Grande, forma parte del morral de nuestras lecturas como principal. Pero encontrarlos aquí, en esta hermosa galería, en las ciudades que visitan tan sentidamente, es como si los hubiera leído uno a uno y los hubiera acompañado por las calles, barrios, mercados, olores y escabrosidades de esas ciudades encantadas, como Venecia, milagrosas como la más hermosa de todas, Praga, desaparecidas como La Habana, elaboradas como Barcelona, entrañables como Salamanca, endemoniadas como esta Caracas embasurada y, por lo visto, con sus poetas de alto rango que la aman, la admiran y la entienden, aunque ya no es, en ningún rincón, la limpia y señorial de José de Oviedo y Baños ni la de “techos rojos” de Pérez Bonalde.

Puedo dejar testimonio claro: este libro de Enrique Viloria Vera está escrito con la buena letra de un humanista moderno, gratamente desarrollado el argumento, sin sobras ni recortes, ciudades y escritores entrelazados en una armonía sin fatiga.